

Queridos hermanos:

Acabamos de escucharlo: *“Jesús, inclinando la cabeza, entregó su espíritu”*.

Así se nos comunica a todos los hombres el final de la existencia humana e histórica de Jesús. Ha muerto un justo. Ha muerto el Justo. Lo han asesinado de modo cruel. Cuando nació, se encendió de luces el cielo, los ángeles cantaron. En su muerte se hizo oscuridad en plena tarde, se oía el golpear del pecho, hubo silencio. Han escrito que la muerte es muda y hace mudos.

Queridos hermanos: También yo os invito al silencio. El silencio denso y religioso, impresionante, que anoche revivió Orihuela por sus calles. Que no haya ruido en nuestro espíritu. Hagamos silencio. En silencio repetimos: “Te adoramos, oh Cristo, y te bendecimos”. “Oh cruz, tú nos salvarás”. Es tarde de Vía crucis, también por el dolor actual del mundo.

Ayer, de la mano del testimonio de Jesús y de su mandamiento, os presenté el amor de Jesús. Hoy ese amor aparece también y es del todo deslumbrador.

En la serena y severa celebración de esta tarde ante el Señor muerto he de pedir que oremos la *esperanza*, con la esperanza. Intento entrar en el ánimo de los Apóstoles. Aquel viernes algo terrible les aconteció. Se les murió la fe en Jesús, olvidaron por completo sus palabras. Los discípulos huyen, se dispersan, se esconden. Les inundó la decepción. La muerte de Jesús les enterró su falsa esperanza. “Nosotros esperábamos”, se lamentan decepcionados los dos de Emaús.

Nuestra oración esta tarde es el silencio profundo. Primero es: ¿Por qué? ¿Qué mal ha hecho? ¿Por qué lo han asesinado? ¿Por qué lo hemos matado todos? Es gratitud lo que nos nace del corazón. En el beso cálido de la cruz y en la adoración lo manifestamos. Y nos nace pedir perdón.

Pero, necesitamos, en estos momentos oscuros en muchas zonas, en tiempos tan fuertemente duros, necesitamos también orar la esperanza. Es difícil amar, como Él amó. Es imposible. Es muy duro, a veces, creer. Pero, un poeta ha escrito, que lo más difícil es esperar. Hacemos, por eso, la oración de la esperanza. Ante la Cruz, ante el Señor muerto, pensamos: ¿Qué hemos de esperar? ¿Qué esperanzas confirma Jesús? ¿De qué virtudes se nutre la esperanza? ¿Quién sustenta nuestra esperanza?

Recuerdo espontáneamente a Nuestra Señora de la Piedad. La Virgen María acoge sobre sus rodillas, en su seno, con gesto de inmensa piedad, piedad de tal Madre, el Cuerpo de su Hijo ensangrentado, despojado, inerte, mudo, entregado y confiado a Ella. De la Cruz a sus rodillas.

Es la Virgen de la Esperanza. Aquella tarde sólo Ella espera de verdad. Sólo Ella guarda con cuidado, encendida, la vela de la esperanza. Por eso podrá encender, de nuevo, las velas apagadas del amor y de la fe.

Hoy la Virgen María para nosotros es inmensamente grande, porque es esperanza de la Iglesia y de la humanidad. A la Virgen de la Piedad le pedimos que mantenga el ritmo de la espera de nuestra Iglesia Diocesana. Que nuestra Iglesia acoja a Cristo y se agarre a la cruz, como el Señor lo hizo. Que tengamos la certeza de que la contradicción, la descalificación injustificada, el enfrentamiento y la oposición es cumplir lo que Él dijo: “Si a Mí me lo han hecho, lo harán con vosotros”. S. Pedro nos invita incluso al gozo de padecer con Él y por Él. Que es difícil y grande esperar.

*“Está cumplido”*, dijo Jesús. Y expiró. El Sermón del Monte está cumplido. El perdón al enemigo está cumplido. El dar la vida se ha cumplido. El amor más grande se ha cumplido. La obediencia al Padre está cumplida. Todo está cumplido. El grano está echado al surco.

¿Qué queda? ¡Esperar!

Porque la debilidad de Jesús es fuerza. Porque su muerte es el grito de la verdad de Dios, es la expresión más fuerte de la libertad, es la manifestación cegadora del amor. Porque su muerte es vida. Porque la vida puede más que la muerte. Eso es esperar.

Cantaban los cristianos y cantamos nosotros: ¡Salve, oh cruz, esperanza *única*!. Y con fuerza repetimos: ¡Pasión de Cristo, confórtanos!

Esta tarde nos queda para siempre la cruz. Esta tarde, por Cristo, nos queda firme la esperanza.

Ahora venid con devoción y respeto a adorar la Santa Cruz. Por eso os diré: “Mirad, mirad el árbol de la Cruz donde estuvo clavada la salvación del mundo”.